

HOMILÍA XXXII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2013

CICLO “C”

1.- Las Lecturas

*** Segundo Libro de los Macabeos 7,1-2.9-14.** El Rey del universo nos resucitará de nuestros sepulcros para una vida eterna. La certeza de la resurrección estimuló a los hermanos Macabeos a permanecer fieles a Dios hasta la muerte.

*** Salmo Responsorial 16.** “Al despertar, me saciaré de tu semblante, Señor”. Con el salmista digamos nosotros hoy que la contemplación de Dios llenará de alegría perpetua y de gozo inmenso nuestra alma.

*** Segunda Carta de San Pablo a los Tesalonicenses 2,16 – 3,5.** El Señor nos dé fuerza para que realicemos toda clase de palabras y de obras buenas, y nos conceda la gracia de la perseverancia en la fe en la gracia. La perseverancia final es un inmenso don de Dios. Con confianza y esperanza roguemos al Señor que nos proteja y nos guarde en la fe y en su amor siempre.

*** Evangelio según San Lucas 20,27-38.** Dios no es un Dios de muertos sino de vivos. Premia con la vida eterna a los que creen en Él. Podemos confiar y esperar en Él porque es compasivo y misericordioso. Nuestras personas y nuestras vidas están en sus manos.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Dios es un Dios de vivos

Jesús, en el evangelio de este domingo, afirma con claridad que Dios es un Dios de vivos y no de muertos. Es una hermosa y buena noticia que hoy compartimos con todos. Acerquémonos al Señor con confianza. Él es el Buen Pastor al que decimos con serenidad y paz: “aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque Tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan... y habitaré en la casa del Señor por años sin término”. ¿Conocemos de verdad al Pastor?

El Concilio Vaticano II enseña que “ha sido Cristo, resucitado, el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte” (GS 18). Demos gracias al Señor que nos ha salvado del

pecado, de la ley y de la muerte con su muerte y resurrección. Por el sacramento del bautismo hemos sido incorporados al misterio de la muerte y resurrección de Cristo y hemos sido hechos nuevas creaturas (cf. Rm.6).

Esta convicción y certeza, nacidas de la fe, han de acompañarnos e iluminarnos a lo largo de toda nuestra existencia y, de manera especial, cuando se acerque a nosotros el dolor último y llegue a nosotros la hora de nuestra muerte. Evitaremos así que la tristeza, la duda, la angustia, la desesperanza... se apoderen de nosotros, nos dominen, nos impidan abrir nuestro corazón al Dios de la vida y no nos dejen morir con la confianza puesta en Dios.

Deseo y pido a Dios para todos y para mí mismo que muramos en paz con Dios, en paz con uno mismo y en paz con todos.

Es verdad que la muerte es una prueba inmensa y una desgracia grande. Por eso rezamos a la Stma. Virgen María: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”.

2.2.- Creemos en la resurrección de los muertos y en la vida eterna

Es verdad que llegará un día en que nuestro caminar por este mundo llegará al final. Ahora bien, nunca olvidemos que la muerte no es el final del camino del hombre; la muerte no es la última palabra sobre el ser humano ni sobre su historia.

Recordemos las palabras de Cristo que han de llenar de gozo y de esperanza nuestro corazón:

- “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (Jn.11,25-26).
- “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día” (Jn.6,54).

En comunión y continuidad con las enseñanzas de Jesucristo, San Pablo afirma: “Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe (...) ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron” (ICort. 15,13-14.20).

Desde la contemplación de la resurrección de Jesucristo y desde su enseñanza, y desde la predicación de San Pablo, afirmamos: “sí; hay un después de la muerte”. Os comunico esta noticia gozosa y esperanzadora: “estamos hechos para la eternidad”. San Agustín decía: “Señor, nos has hecho para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti”.

El Concilio Vaticano II enseña que “la semilla de eternidad que en sí lleva el hombre, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte (...) La Iglesia aleccionada por la revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria humana” (GS 18).

Santa Teresita del Niño Jesús decía: “Yo no muero; yo entro en la vida”. Los santos han sido acogidos en el insondable misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en espera de su perfecta glorificación que acontecerá cuando vuelva Nuestro Señor Jesucristo en la gloria, al final de los siglos.

Los Santos han dejado para siempre el universo de nuestros egoísmos para alcanzar el corazón del misterio del amor de Dios. El Señor nos invita a tomar en serio nuestra vida en razón del futuro que nos espera.

Ante las diversas posturas de los hombres sobre la muerte y sobre el fin del ser humano, hemos de anunciar y proclamar que “la vida de los que en Ti creemos no termina, se transforma y al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo”. Es un mensaje de esperanza que tanto necesitamos hoy. No lo guardemos para nosotros solos.

2.3.- Tomar en serio nuestra vida

Hablando de la muerte, Jesús nos dice: “estad atentos y vigilad, porque no sabéis cuándo será el momento” (Mc.13,33).

Con estas palabras el Señor nos invita a tomar conciencia de que la vida, nuestra vida de cada día, tiene un valor y una importancia grandes ante el Señor. Hagamos bien todo lo que hacemos porque esto le agrada al Señor. No nos dejemos llevar por la frivolidad.

Esta vigilancia no es inmovilismo sino hacer el camino de nuestra existencia en la buena dirección ya que el Señor nos espera con los brazos abiertos para acogernos. No olvidemos que el Señor quiere hacernos comprender que, ante el Reino de Dios, ante nuestro destino final, todos tenemos una responsabilidad personal inalienable.

2.4.- El Juicio ya ha comenzado

Llegará el momento en que, en la claridad del encuentro con Jesucristo resucitado, el que acaba de morir verá quién es, descubrirá lo que él es. Descubriremos el secreto más profundo de nuestros corazones a la luz del Espíritu Santo. Este acontecimiento ya lo vivimos día tras día en la oscuridad de la fe aquí y ahora.

Recordemos estas palabras de San Juan:

- “El que cree en Él, no es condenado; pero el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios” (Jn.3,18).
- “El que me rechaza y no recibe mis palabras, ya tiene quien le condene: la Palabra que yo he hablado, esa le condenará el último día” (Jn.12,48).

Día tras día antes de que llegue el gran día somos juzgados por nuestro propio comportamiento de manera especial en estos ámbitos:

- ¿qué estamos haciendo ahora de la luz, de la verdad, de la Palabra... que hemos recibido?
- ¿qué estamos haciendo ahora del amor: del amor a Dios y del amor a los hermanos, del servicio y compromiso a favor de los necesitados, del perdón y de la misericordia...?

Nuestra vida nos juzga y será la medida de la eternidad.

Jesús nos lo dijo así:

“Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt.25).

2.5.- Vivamos ya como resucitados en este mundo

No estemos mirando sólo al futuro. Hemos de vivir en el hoy y aquí de nuestra existencia como resucitados.

Y ¿cómo hemos de vivir como resucitados?

En pocas palabras os indico lo siguiente:

- Afrontando las dificultades y los sufrimientos en la fe
- Luchando por un mundo más humano, más fraterno, más abierto a Dios...
- Defendiendo la vida humana, toda vida humana, en cualquier circunstancia en que se encuentre
- Aceptando las pequeñas y numerosas muertes de cada día causadas por la renuncia al pecado...

- Teniendo conciencia renovada de que por el Bautismo y la Eucaristía participamos ya de la muerte y de la resurrección de Cristo.
- No entreguemos el mundo a la codicia y a la avaricia de nadie, a la violencia y a la guerra...

“Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio” (GS 21).

Hagamos frente a la muerte y damos un sentido a nuestra vida. Esta es nuestra responsabilidad inalienable.

Vivamos de tal modo aquí y ahora que seamos capaces de vivir la misma vida de Dios.

En este caminar hacia la gloria eterna no estamos solos. El Señor está a nuestro lado como el Buen Pastor, Jesucristo, que no nos abandona ni nos deja solos “aunque caminemos por cañadas oscuras”.

En este caminar hacia la Casa del Padre tenemos los sacramentos, de manera especial la Eucaristía, el alimento que nos da la fuerza necesaria para ir siempre al encuentro del Señor.

¡Santa María, ruega por nosotros!

Terminamos. Unidos en la oración
Cáceres. 5 de noviembre de 2013.

Florentino Muñoz Muñoz